

## ART E C U B A N O

## NUESTRO PASADO COLONIAL EVOCADO EN EL LYCEUM POR LA OBRA DE VICTOR PATRICIO DE LANDALUCE.

La Sección de Exposiciones del Lyceum Femenino del Vedado, a la que tanta gratitud debe la cultura plástica nacional, con la cooperación de los señores Narciso J. Maciá y Evelio Govantes ha organizado una interesantísima exposición de Arte Cubano retrospectivo, siendo electos para la misma los óleos, acuarelas y dibujos a pluma del pintor y humorista Víctor Patricio de Landaluce. La develación de tan valiosa colección y hallazgos ante la curiosidad admirativa de la sociedad cubana, fué precedida por unas finas y esclarecedoras palabras de la señora Leonor Barraqué.

V. P. de Landaluce nació en Bilbao, España, falleciendo el día 8 de junio de 1889 en Cuba, donde residió durante más de cinco lustros. Empero su nacionalidad española, se interesó vivamente por los tipos, costumbres y características ambientales criollas de su tiempo, impartiendo a sus captaciones plásticas un humorismo que aspiró a concatenar con el espíritu cubano. De tal es notorio ejemplo—consagrado por revistas y periódicos de su época, y todavía de la nuestra, como símbolo de nuestro país—su popular "Liborio".

La producción de Landaluce fué en extremo fecunda, si bien la misma sólo ha llegado hasta nosotros fragmentariamente, habiéndose perdido parte importante de su aportación al costumbrismo humorístico en que su arte insistió primordialmente. De todos modos, lo que nos resta de su obra pictórica y caricaturesca, luce como interesante documentación para quienes quieran evocar los tipos populares y las cos-

tumbres más evidentes de los años coloniales.

La casi totalidad de su producción se encuentra hoy acopiada en las colecciones particulares de conocidas personalidades de nuestro mundo social y artístico, como la señora Marquesa de Pinar del Río, la señora Conchita Fernández de Suárez Gutiérrez, la señora María Luisa Sánchez de Ferrara, la señora R. viuda de Pérez Vento; los doctores Segundo García Tuñón, Guillermo García Tuñón, Horacio Ferrer, Tomás Felipe Camacho, Alvaro González Gordon, Federico Maciá, Narciso J. Maciá, Nicolás de Cárdenas, Pedro Arango, B. Cruz Planas, Antonio García Hernández, Tomás Terry, Domingo Galdós, Evelio Govantes, Leopoldo Suero, Ramón Vasconcelos, Conrado W. Masaguer, Pedro Navarro, Gómez Morales, Mario Sánchez Roig y la familia de Zéndegui.

También luce en la exposición un retrato al óleo de Víctor Patricio de Landaluce, por Federico Martínez, perteneciente a la colección del doctor Antonio Rodríguez Morey.

Sus caricaturas se connotan por la hipertrofia de la cabeza caricaturizada, en relación con el cuerpo, siendo en las mismas notoria la intención de causar impresión jocunda y no la de captar el verdadero carácter del modelo. El propio tipo del Liborio, parece poco expresivo de la genuina alma y conoción material y espiritual del guajiro cubano de la época. Consiguientemente, mucho menos expresivo lo creemos en las revistas y periódicos en que aún trasnocha en nuestro tiempo. De todos modos, caricaturas y



2

tipos populares nos recuerdan vivamente el aspecto — ya que no la entraña misma—de los días coloniales.

Cuanto a su restante producción con mayor o menor aspiración de validez plástica genuina, nos da la impresión de un arte fotográfico, eminentemente somático y de detalles objetivos, horro de auténtica expresividad emocional. Sus caracteres aspiran a un romanticismo en que, no obstante, la pasión es tan ausente como la profundidad sentimental. Su pintura es capitalmente de detalles, sin totalidades comunicativas de espíritu: pintura de análisis, ya que no de síntesis temperamental. El cubanismo de sus representaciones no es esencial, sino somero y anecdótico, sin la fuerza necesaria para calar válidamente el alma—sólo exteriormente jocunda, pero dolorida en entraña — del cubano y del negro sobre todo. Su pintura nos parece fundamentalmente polarizada hacia la sonrisa jocosa o divertida, no hacia la impresión de lo mejor y más hondo de la cubanidad en gestación de rebeldías. Por último, el que en él fué legítimo academismo, ha sido causa, en nuestros días, de más de un resabio escolástico tardío.

En definitiva, la tragedia verdadera — espiritual y social, política y económica — del cubano y del negro primordialmente, es en general omitida o ignorada, prestando atención principal a lo que en aquéllos existe de risa accidental y más de una vez encubridora de su íntimo

drama y ansia de reivindicación.

Toda esta observación, empero, no obsta a que le reconozcamos agradecidamente los méritos objetivos de su pintura, la fidelidad con que anotó los menores rasgos exteriores de nuestro pueblo, las cualidades anatómicas de nuestros tipos populares y los sesgos primeramente impresionantes de nuestras costumbres y hábitos coloniales. Sobre todo, es de agradecersele que un español se hubiese sentido tan intensamente preocupado por lo cubano en aquella época, y que con tan cordial simpatía le hubiese prestado su mejor mirada observadora, no importa que esta última se hubiese quedado en la anatomía de las cosas sin poder — en él era, después de todo justificable — llegar a la raíz de la contemplada realidad. Es mayor nuestra gratitud por Landaluze, peculiarmente, si recordamos que en aquella época y todavía en la nuestra, tantos cubanos han vivido y viven aún de espaldas al espíritu nacional patrio. No se podía, inclusive, pedir más y mejor cubanidad pictórica a un artista español de la colonia, para él legítimamente convencido de que Cuba carecía de genuina personalidad histórica y de cabal autoctonía espiritual. No podía exigirsele que expresase lo que no contemplaba, con plena validez en su ausencia de tal intuición, como genuino patriota español que era. Vió lo que pudo cordialmente ver, y con honrada simpatía expresó lo que vió. He ahí su mérito mejor, y la mejor causa de nuestra gratitud de cubanos.

*Triunfo, mayo 25/41*